

La función del padre en el siglo XXI

Carles Pérez Testor
Universitat Ramon Llull
Barcelona

Resumen

El modelo familiar ha cambiado y por lo tanto las funciones que ejerce el padre no son las mismas que hace 50 años. Pero a pesar de estos cambios la figura paterna sigue siendo fundamental para una sana estructuración del aparato mental de los hijos. En este artículo pretendo exponer cuales son estos nuevos roles y las formas distintas de vivir la paternidad que pueden coexistir en nuestros días, así como el impacto que pueden sufrir los hijos ante la ausencia del padre. En pleno siglo XXI existen unas características comunes y éstas son el ejercer funciones emocionales introyectivas que fomenten el crecimiento de los hijos.

Summary

The function of the father in the 21st Century

The model of the family has changed and therefore the functions that the father exercises are not the same as they were 50 years ago. However, in spite of these changes, the father-figure continues to be a fundamental factor in a healthy structuring of the mental well-being of children. In this article I shall attempt to explain these new roles and the distinct life-models of paternity, which can exist at this point in time, as well as the way the situation of an absent father affects the children. We are fully aware in the 21st Century that some common characteristics exist, and these introspective emotional factors play a role in shaping the growth of the children.

1. Introducción

La estructura familiar ha variado de forma considerable a lo largo de la historia pero seguramente ha sido en estos últimos 50 años cuando los cambios en la familia han sido más espectaculares. Quizás sería más exacto hablar de los cambios de “las familias”, en plural, dada la diversidad de modelos que nos podemos encontrar hoy en día. En efecto, desde la familia tradicional a la familia reconstituida, pasando por la monoparental, descubrimos múltiples variaciones sobre el mismo tema y sobre las mismas dificultades. Difícilmente podemos hablar en singular cuando nos referimos a esta situación. Y además los cambios no han dejado indiferente a nadie. Ya sea porque para unos han sido muy positivos y para otros negativos, la discusión puede ser interminable (Scabini y Cigoli, 2000).

En este trabajo nos proponemos describir cuál puede ser la función del padre en este nuevo siglo recién estrenado. Si la estructura de la familia ha variado, el rol del padre (y el de la madre) también lo ha hecho, como no podía ser de otra manera. En una reciente publicación me refería al tema de las funciones del padre:

El papel del padre tenía la función de referente simbólico. El padre representaba la ley y la supervivencia. Si la madre era la ternura y la corporalidad, el padre significaba la apertura a la cultura y la comunidad. Seguramente ahora se pone el acento más en la responsabilidad tanto del padre como de la madre en crear los vínculos relacionales básicos que ayudarán al correcto desarrollo emocional del hijo o la hija. Este aspecto emocional debe ser una de las grandes diferencias. El padre ya no es solo quien provee alimentos y seguridad sino que aporta alguna cosa más. (Pérez Testor, 2005).

En los mamíferos la espectacular programación de las relaciones materno-filiales destaca y ensombrece el papel del padre en las conductas hacia la prole, pero este papel no es irrelevante. La observación en el mundo animal ofrece un panorama muy variado acerca del papel que representa el padre en el fenómeno de la filiación. La participación paterna se da de forma desigual en aves, mamíferos acuáticos y terrestres, etc. Se dan todos los modelos, que oscilan entre el cuidado atento por parte del padre hasta una cierta ignorancia de la prole o incluso el infanticidio.

Para Ramón M^a Nogués, en la perspectiva psicoevolutiva, las razones que el padre puede tener para intervenir en el cuidado de la prole se pueden concentrar en dos: una buena intervención paterna facilita **la supervivencia** de la prole, lo que se evidencia de forma bastante general en animales y humanos; en segundo lugar, **la certeza de la paternidad**, que se obtiene precisamente por una presencia continuada del padre en el entorno familiar, cosa que disuade a otros

machos de inmiscuirse tanto en la relación de pareja como en la fecundación. (Nogués, 2003).

La inversión paterna en la reproducción se ha estudiado específicamente en los últimos decenios de forma muy detallada en humanos y no humanos. En algunas especies de primates no humanos se han podido establecer variaciones hormonales en relación con el cuidado de la prole que se manifiestan en el descenso de la testosterona y el aumento de prolactina, dos fenómenos correlacionables con una aminoración de la agresividad y una mayor conexión emocional paterno-filial. En todo caso, la atención del macho hacia las crías correlaciona bien con el nivel de monogamia de la correspondiente pareja.

Para Nogués, en la observación de culturas humanas se deduce que los varones tienen una relación más vinculante con la prole en la medida en que la familia es monógama, cuando ambos padres viven juntos en familias nucleares, cuando las mujeres contribuyen con su trabajo a la subsistencia y cuando los hombres no son solicitados para ir a la guerra, lo que dibujaría, según el autor, un perfil positivo de vinculaciones primarias del grupo familiar (Nogués, 2003).

En ocasiones, el padre mimetiza hasta cierto punto conductas en principio maternas como muestra de solidaridad, en períodos de gestación. Es el fenómeno de la "couvade". Este fenómeno consiste en una manifestación variada de síntomas por parte del padre que acompaña así la gestación materna. Esos síntomas se podrían explicar como una crisis de identidad paterna que supondría el reavivamiento de conflictos de género y de generación.

A pesar de ello es evidente desde el punto de vista biológico que el papel del padre y de la madre está suficientemente diferenciado. Se ha estudiado profusamente el impacto psicológico, y en estos últimos años también el impacto biológico (Kandel, 1999; Sapolsky, 1996; Insel y Young 2001) que puede sufrir el hijo por la separación de la madre, mientras que no tenemos apenas estudios que hayan valorado el papel de la separación del padre desde esta perspectiva biológica. Todo ello nos hace insistir en la importancia de estudiar el papel y las funciones de los padres en la actualidad.

Pero los cambios durante estos últimos años han sido incesantes. El fenómeno contemporáneo es que la familia nuclear o restringida, o conyugal, ha perdido el apoyo que el vínculo con la familia extensa le proporcionaba. Por otra parte, para Anna Pagés, las condiciones de la vida cotidiana, falta de tiempo, diversificación de trabajos e ingresos, inseguridad laboral, paro, divorcios, etc. generan un grado de estrés considerable en las familias acompañado de un eclipse del principio de autoridad y, en general, de una pérdida de legitimidad (Pagés, 2001). La literatura más reciente (Alberdi, 1999; Flaquer, 1998) mantiene un debate importante sobre los roles de autoridad en el seno de la familia. Mientras algunos autores defienden que el déficit del principio de autoridad ha sido positivo, porque ha hecho posible la existen-

cia de una familia más tolerante y libre, a la vez que ha reivindicado un papel más activo para la mujer; otros consideran que vivimos un período de estructura familiar postpatriarcal, caracterizado por la devaluación de la función paterna como definitoria de la autoridad familiar:

“Ahora bien: esta supuesta crisis o devaluación no es del padre como persona, sino de la función del padre como legítima autoridad progenitora. Esta autoridad no es el poder: es el límite. Es quien señala lo fundamental, lo que es fundamental al margen de lo que la tendencia estandarizadora de las nuevas formas de sociabilidad puedan establecer” (Pagés, 2001).

Una autoridad se convierte en un referente: sin referente, la confusión de niveles en las prácticas educativas en el seno de la familia se perpetúa. Otros autores (Peragallo, 1998) subrayan que la autoridad en la familia se funda en la diferencia de nivel entre padres e hijos, y que dicha diferencia se está perdiendo progresivamente. En esto también consiste la devaluación de la autoridad paterna:

“En la familia actual los padres han perdido privacidad y tienden a establecer con los hijos una relación en la que los planos no están tan diferenciados. Hay quien habla de problemas de relación de pareja ante los hijos. Con frecuencia, muchos niños hablan con sus padres como si fueran un hermano o un amigo” (Peragallo, 1998).

El ejercicio de la autoridad tiene que cambiar, y para hacerlo necesita representar y transmitir el límite. El padre dialogante es el que dice: “– Esto está fuera de discusión, del resto podemos hablar”. Éste sería el núcleo del campo educativo familiar, sin cuyo concurso ninguna otra función (cuidado y protección de los hijos, socialización, apoyo a la escolarización, apoyo emocional...) puede desarrollarse adecuadamente.

“La devaluación de la autoridad paterna ha generado un fenómeno de una cierta “abdicación” de los padres. Han dejado de asumirla o, para ser más precisos, han asumido funciones más sencillas, menos esforzadas y menos comprometidas. Podemos cuestionar su grado de responsabilidad en esta situación si pensamos en el estilo de vida contemporáneo, pero tampoco hemos de evitar formular la pregunta de la ética. ¿Hasta qué punto las responsabilidades son ineludibles? Siempre lo son, pero en ocasiones no pueden ser asumidas. El vacío educativo que los padres “eclipsados” dejan ha sido sustituido por los medios de comunicación y por la labor de las instituciones sociales, en concreto, por la de los profesionales de la educación, la psicología o la asistencia social y en algunos casos, también por Internet. ¿Esta sustitución ha reducido la progresiva

-casi excesiva- soledad moral? ¿Podemos decir que ha contribuido a revivir la afinidad social necesaria para la supervivencia de la institución familiar?” (Pagés, 2001).

2. Nuevos roles, nuevos padres

Son muchos los autores que han hablado de los “nuevos padres”. Si el mayo del 68 significó el rechazo a todo lo que representaba la autoridad y el poder del padre autoritario y todopoderoso, a finales del siglo XX asistimos a la aparición de una nueva manera de vivir y ejercer la paternidad. El hombre puede permitir expresar su ternura hacia sus hijos, puede vincularse en las tareas domésticas y en el cuidado de los hijos.

Jaquelin Kelen se refería a los nuevos padres en Francia y planteaba la convivencia en una misma época de diversas tipologías de padre:

1. El **padre ausente**, fantasma, suele pertenecer a la burguesía, a ciertas profesiones liberales o artísticas, altos funcionarios, etc. Demasiado absorbido por su carrera, el padre está muy a menudo ausente. El hijo se apega exclusivamente a su madre (cuando ésta no es sustituida por una niñera) y muestra una inmadurez afectiva que puede ser problemática.
2. El **padre = madre**. Es bastante reciente. Por lo general es joven y a menudo está en paro. Se asiste a una inversión de la situación: es la madre la que trabaja en el exterior y el hombre el que se ocupa del niño y a veces ese padre quiere sustituir a la madre.
3. El **padre condescendiente** o permisivo y débil. Su debilidad de carácter se disimula bajo principios liberales. Se niega a imponer al niño cualquier frustración, cualquier disciplina. Esa permisividad crea angustia en el niño al carecer de puntos de referencia, de estructura y de autoridad. La madre asume los problemas del hijo frente a la dimisión del padre.
4. El **padre severo**, perfeccionista. Lo centra todo en su función de educador. No hay prácticamente relación afectiva. Rodea al hijo de múltiples prohibiciones y le castiga frecuentemente.
5. El **padre huidizo**. Frente a una situación difícil o dramática relacionada con el hijo, como por ejemplo una discapacidad, abandona y desaparece. No puede soportar una situación tan dolorosa.
6. El **padre de edad**. Ha vivido ya su vida, normalmente ha tenido hijos de un anterior matrimonio y se casa con una mujer mucho mas joven. Espera reparar la falta de presencia que

tuvo con sus primeros hijos con estos otros que pueden tener la edad de sus nietos.

7. El **padre “negado”**, completamente inexistente. No existe, ni ha existido nunca. Es un perfecto desconocido para los hijos. La madre lo escogió para tener hijos y quizás ni él mismo sabe que existen (Kelen, 1988).

Seguramente podríamos hablar de otras muchas categorías de padres pero todos conocemos a personas, amigos o conocidos, que podrían incluirse en alguna de estas categorías.

Josep V. Marqués propone cuatro formas distintas de vivencia de la paternidad:

1. **Tradicional**: Heredera de la condición latina del “pater familias” y deteriorada por el paso del tiempo, esta forma de vivencia de la paternidad, en retroceso, se caracteriza por la consideración de los hijos como algo que da la mujer al padre en homenaje a su “exitosa virilidad”. El padre tradicional es autoritario, se desinteresa por la crianza y educación de los hijos y recupera el interés por ellos cuando éstos ya pueden ser vehículo de expectativas de continuidad o “ampliación” del padre. Tiende a considerar ingratitud cualquier desviación del hijo respecto de los proyectos paternos y se acompaña de una actitud de buena conciencia.
2. **Desorientación tolerante**. Actitud frecuente en padres entre los cuarenta y los cincuenta y cinco, que no intervinieron en la lucha política bajo el franquismo, que se caracteriza por una notable reducción del autoritarismo. Hay, según el autor, más inhibición que sentimiento libertario o actitud pactista. Exige y prohíbe menos que el tradicional pero no sabe por qué. Ignora porque no da órdenes pero teme que no sean cumplidas. Deja en manos de la madre la educación y el contacto con los hijos, sintiéndose torpe o quizás excluido.
3. **Participativa-sustitutiva**. Aparece en padres jóvenes. Hay un deseo de mayor protagonismo con respecto a los hijos. Menos preocupados por “lo que hay que hacer” incorporan un deseo de goce del hijo. Lo más novedoso es el papel más activo en las primeras fases del desarrollo del hijo y la asunción del reparto de las tareas domésticas con la madre. Son padres que quieren ser madres. Exploran territorios ocupados por la mujer que puede verlos como un compañero encantador o como un rival usurpador.
4. **Solidaria**. El hombre está dispuesto a asumir más o menos tareas con respecto de sus hijos según su ajuste con su pareja. Ésta es una mujer libre, que no cree que la maternidad sea su principal misión en la vida ni tampoco un obstáculo para su desarrollo personal y social. No intenta suplantar a la madre

sino que asume el goce de la paternidad como colaboración con la maternidad de una mujer que, sin embargo, no queda definida por la función reproductora (Marqués, 1988).

Arminda Aberastury hablaba del padre **ausente**, del padre **débil** y del padre **laissez faire** (Aberasturi, 1984). José Antonio Ríos habla también del “padre **periférico**” (Ríos, 2003). También Stern describe dos tipologías de padres: el “padre **tradicional**” y del “nuevo **padre**” (Stern, 1997). Para este autor, estos “nuevos padres” tienen dificultades para formar parte de la matriz de soporte necesaria para la madre. Estos padres quedan maternizados y esto los lleva al fracaso al no poder cumplir con esta función.

Últimamente en los medios de comunicación se insiste en la alarma social que provoca la violencia familiar donde el padre puede maltratar a su pareja y/o a sus hijos desarrollándose un debate complejo y de difícil solución sobre esta situación. El padre violento no es ninguna novedad pero el hecho de que la sociedad no acepte la violencia en la familia, no la considere un hecho privado sino que lo denuncie como un escándalo social, esto si constituye una novedad (Pérez Testor y Alomar, 2005).

3. La relación con el padre

El psiquismo humano se construye en la infancia a través de un proceso de relaciones e identificaciones con las personas que hacen funciones de padres. Es decir, tanto el niño como la niña asimilan aspectos del padre y de la madre para construir su personalidad.

Empieza con el reconocimiento del niño de la naturaleza de la relación parental con todas las fantasías que pueden aparecer. Esta relación de la pareja genera en el hijo/a la rivalidad con uno de los progenitores por la posesión del otro y el complejo se resuelve con la renuncia de la criatura a su pretendida posesión aceptando la realidad de la relación exclusiva de los padres e identificándose con el padre o con la madre.

Si el vínculo entre los dos padres puede ser tolerado en la mente del niño esto le proporciona la capacidad para percibirse a sí mismo en interacción con otros, le posibilita también considerar otro punto de vista mientras conserva el propio, configurando lo que se denomina “espacio triangular”. Este espacio es donde se pueden educar y canalizar las emociones.

En la situación edípica las relaciones del **niño** con su padre son ambivalentes. Por un lado, lo vive como un rival y esto le provoca sentimientos de celos y odio. Pero por otro lado también siente admiración y amor por alguien con el que se identifica, un modelo con el que parecerse. Estos sentimientos contradictorios son inevitables porque

el padre es vivido como una persona que gratifica y frustra a la vez. Poder vivir y elaborar la ambivalencia afectiva es una función decisiva de la relación padre-hijo porque posibilita al hijo regularizar y metabolizar la inevitable ambivalencia afectiva de todo ser humano. Entonces podrá renunciar a la posesión de la madre, a competir con el padre y a identificarse con él (Pérez Testor, 2005).

Tanto para el padre como para la madre existe un hijo real y un hijo imaginario y tanto el padre como la madre tienen una función parental real y otra fantaseada. Yo tengo una imagen de mi mismo como padre que puede coincidir o no con mi imagen real de padre o con la imagen que otros pueden tener de mi función de padre. Las representaciones pueden ser un producto que se basa y se construye a partir de la experiencia interactiva y más precisamente de la experiencia subjetiva de estar con otra persona. Esta experiencia interactiva puede ser real y experimentada o virtual y fantaseada, pero siempre es relación.

El mundo de las representaciones comprende las experiencias parentales de las interacciones con el hijo y además las fantasías, esperanzas, temores, angustias, los recuerdos de la propia infancia o la imagen de los propios padres. Seguimos a Stern cuando éste afirma que las representaciones:

“no son objetos ni personas, ni imágenes o palabras, sino experiencias interactivas con alguna persona” (Stern 1997).

A pesar de que algunos autores afirman que la interacción empieza durante la gestación, seguimos pensando como ya propusimos con Guillem Salvador, que la **idea de bebé** puede empezar (y es conveniente que así sea) mucho antes, en el “*espacio mental parental que da cabida a un tercero*” (Pérez Testor i Salvador, 1995).

Este espacio se transforma en lo que llamábamos **espacio mental familiar** que permite a la pareja anticipar la idea del bebé, y pensar en la posibilidad de tener un hijo. Es evidente que en muchas parejas este espacio no aparece hasta que saben que esperan un bebé o, a veces, puede no aparecer nunca, con las dificultades que esto puede acarrear a la pareja y a la relación con el futuro hijo. En cambio, si aparece este espacio mental familiar antes del nacimiento del hijo, la pareja podrá asumir mejor las dificultades que la aparición de un bebé comporta.

4. La función del padre

A finales del siglo pasado y a principios del XXI la función del padre ha cambiado. En el segundo apartado de este artículo definíamos las distintas tipologías y maneras de vivir la paternidad que pueden convivir en una misma sociedad, en un mismo territorio, en una

misma época, pero pensamos que podemos definir cuales deberían ser éstas funciones para una mejor relación familiar.

El padre del siglo XXI debería ser un padre que viviera su paternidad de forma solidaria, tal como lo entendía Marqués, es decir, que está dispuesto a asumir las tareas con respecto de sus hijos según su ajuste con su pareja, una pareja que se siente libre, que no cree que la maternidad sea su principal misión en la vida ni tampoco un obstáculo para su desarrollo personal y social. Este padre del siglo XXI no necesita suplantar a la madre sino que asume el goce de la paternidad como colaboración con la maternidad de su pareja (Marqués, 1988).

El padre del siglo XXI es aquel que ejerce **funciones emocionales introyectivas** (Meltzer y Harris, 1989; Perez Testor, 2001). Según Donald Meltzer y Marta Harris, hay organizaciones familiares basadas en funciones emocionales de tipo proyectivo que producen modelos de aprendizaje fundamentados en la proyección, mientras que para aprender de la experiencia son necesarias funciones emocionales de tipo introyectivo, capaces de contener el dolor mental (Meltzer y Harris, 1989).

Las funciones introyectivas que promueven crecimiento serían:

- 1.- Generación de amor.
- 2.- Fomento de esperanza.
- 3.- Contención del sufrimiento depresivo.
- 4.- Fomentar pensamiento.

Estas funciones introyectivas suponen afrontar y contener las ansiedades, poner nombre a los sentimientos y conflictos y usar la capacidad de pensar para encontrar caminos de reparación y simbolización. Cuando el sistema parental se hace cargo de estas funciones emocionales adultas y lidera la capacidad de pensar, la familia se organiza de forma exitosa, evitando la confusión y el caos.

Cuando predominan en la familia las funciones emocionales proyectivas, es decir...

- 1.- Suscitación de odio.
- 2.- Siembra de desesperación.
- 3.- Emanación de angustia persecutoria.
- 4.- Creación de mentiras y de confusión.

... la familia se desestructura y aparece la patología en el seno del grupo.

En el modelo que utilizamos, el subgrupo continente, los padres, tienen unas funciones muy claras en la tarea de fomentar el crecimiento de los hijos. Y el padre no puede desentenderse o proyectar sobre la madre, o sobre otros, esa responsabilidad.

5. La ausencia del padre

Las consecuencias de la carencia paterna pueden ser tan importantes como la carencia materna. Como decía Aberasturi, encontrar al padre no sólo significará poder separarse bien de la madre, sino también hallar una fuente de identificación masculina, imprescindible tanto para la niña como para el varón, porque para los dos es necesaria la pareja “padre y madre” para que se logre un desarrollo armónico de la personalidad (Aberasturi, 1984).

Aún hoy en día se cree que el padre es importante para el hijo cuando éste está ya crecido o que un niño necesita más del padre que una niña. Estas afirmaciones son falsas dado que el padre es importante desde el principio para la identificación primaria del niño así como también es importante para el desarrollo de la niña.

Introduciendo un par de matizaciones semánticas estaríamos de acuerdo con José Antonio Ríos en que el padre ha de ser, conjuntamente con la madre y de forma paritaria:

1. Un modelo de identificación para el hijo/hija
2. Un modelo de masculinidad para el hijo varón
3. Capaz de establecer un tipo particular de co-liderazgo para la familia
4. Servir de cauce para abrir a sus hijos a la sociedad
5. Desarrollar una concreta acción formativa en la vida del hijo:
 - 5.1. Dar seguridad
 - 5.2. Ofrecer un código de valores
 - 5.3. Ejercer la autoridad y mantener una amorosa disciplina
 - 5.4. Respalda la adquisición de la identidad personal en el hijo/a (Ríos, 1980)

Actualmente sabemos que la falta de límites, característica de la conducta del padre que no se implica y actúa permisivamente, no engendra una imagen buena del padre sino, por lo contrario, una imagen de abandono y soledad que trae como consecuencia una exigencia interna paralizante y atormentadora, como si el niño buscara dentro de sí los límites que el padre no supo ponerle desde fuera.

El padre ausente obliga al hijo a tomar su rol en un proceso de identificación. En la clínica hemos visto como en situaciones de pérdida por divorcio o por muerte, es relativamente frecuente que la madre lleve al niño a su cama o que personas con buena voluntad le exijan ejercer funciones que no le son propias. Al niño o a la niña se le exige reemplazar al padre y esta obligación de asumir el rol paterno, acompañado del sentimiento de pérdida de la figura del padre, puede provocar dificultades en relaciones futuras. Vive un “como si” fuera un

adulto y un padre, cuidando de sus hermanos pequeños, mostrando una pseudomadurez que le impide el desarrollo de una personalidad propia.

En los últimos 30 años el horario de los hombres se ha ido reduciendo lentamente mientras que la mujer se ha introducido rápidamente en el mercado laboral. La reducción del tiempo disponible para las relaciones del padre con su hijo se ha convertido en un aspecto crítico sobretodo si tenemos en cuenta que la madre no puede sustituir ese espacio porque ella también trabaja. Además hemos de pensar que aumentan los hogares monoparentales. El tiempo familiar, el tiempo que el padre dedica a sus hijos, se ha convertido en un bien escaso... En un estudio que cita Beresford Hayward realizado en una escuela de California se demostró que el mejor indicador sobre el rendimiento escolar que desvanece las diferencias de clase social, es si los padres y en especial el padre, pasa *todos los fines de semana* con sus hijos o no (Hayward, 1989). Sin duda una investigación que ha de ser tenida en cuenta.

6. Conclusión

En este artículo hemos querido describir las funciones que hoy en día debería ejercer todo padre. Sabemos que no es fácil porque no existe un modelo único de padre como no existe un modelo único de familia, sino todo lo contrario. Cada vez más vemos mayor disparidad de modelos familiares que conviven en un mismo barrio.

A pesar de todo existirían unas características comunes. Para nosotros el ejercer funciones emocionales introyectivas serían esas características comunes. El padre juega un papel fundamental en el desarrollo cognitivo y emocional de los hijos y por este motivo creemos necesario que se refuerce socialmente esta función.

Bibliografía

- ABERASTURI, A.; SALAS, E.J. (1984). "La paternidad". Buenos Aires: Kargieman.
- ALBERDI, I. (1999). "La nueva familia española". Madrid: Taurus.
- ANGUERA, B.; RIBA, C.E. (1999). "Fi del Mil·leni: crisi de la funció paterna". Barcelona: Beta editorial.
- FLAQUER, L. (1998). El destino de la familia. Barcelona: Ariel.
- HAYWARD, B. (1989). "Seminari internacional de recerca i aplicacions del Model Meltzer-Harris". En: Meltzer, D.; Harris, M. (1989). "El paper educatiu de la familia". Barcelona: Espaxs.
- INSEL T.R.; YOUNG L.J. (2001). "The neurobiology of attachment". Nature reviews: Neuroscience, 2 (129 -136).

- KANDEL E.R. (1999). "Biology and the future of Psicoanalysis: a new intellectual framework of psychiatry revisited". *Am.J.Psychiat.*, 156, (505-524).
- KELEN, J. (1988). "El nuevo padre: un modelo distinto de paternidad". Barcelona: Grijalbo.
- NOGUÉS, R.M. (2003). "Sexo, cerebro y género". Barcelona: Paidós.
- MARQUÉS, J.V. (1988). "Prólogo". En: Kelen, J. (1988). *El nuevo padre: un modelo distinto de paternidad*. Barcelona: Grijalbo.
- MELTZER, D.; HARRIS, M. (1989). "El paper educatiu de la familia". Barcelona: Espaxs.
- PAGÉS (2001). "Funciones de las prácticas educativas familiares" En: Pérez Testor, C. (2001). "La familia: nuevas aportaciones" Barcelona: Edebé.
- PERIGALLO, J.A. (1998). "Después de la disciplina". Buenos Aires: Métodos.
- PÉREZ TESTOR, C. (2001). "La familia: nuevas aportaciones". Barcelona: Edebé.
- PÉREZ TESTOR, C.; ALOMAR, E. (2005). "Violencia en la familia". Barcelona: Edebé.
- PÉREZ TESTOR, C. (2005) "La función del padre: perspectiva psicoanalítica". Cuadernos de Terapia Familiar (en prensa).
- PÉREZ TESTOR, C.; SALVADOR, G. (1995). "La dimensió familiar de la parella". *Revista Catalana de Psicoanálisis*. vol. 12(1): 103-112.
- RÍOS, JA. (1980) "El padre en la dinámica personal del hijo". Madrid: Editorial Científico-Médica.
- RÍOS, JA. (2003) "Vocabulario básico de orientación y terapia familiar". Madrid: Editorial CCS.
- SCABIONI, E.; CIGOLI, V. (2000). "*Il familiare. Legami, simboli e transizioni*". Milano, Raffaello Cortina Editori.
- STERN (1997). "La constelación maternal". Barcelona: Paidós.
- SAPOLSKY, R.M. (1996). "Why stress is bad for your brain". *Science*, 273, (749-750).